

Victoria con un toque femenino

Estos capítulos nos darán una idea clara que el género no determina la valía, la capacidad o la fortaleza de una persona. Por lo tanto, debemos evitar caer en estereotipos y prejuicios basados en el género y reconocer el potencial y las habilidades de cada individuo, independientemente de su sexo.

En el capítulo 4, sigue ese círculo vicioso descrito antes en el libro de Jueces, luego que leímos respecto a las victorias obtenidas por los líderes que Dios utilizó: Otoniel, Aod y Samgar. Ahora tendremos la participación especial de una jueza, una profetiza llamada Débora, y cuyo nombre en hebreo, significa ‘abeja’.

Aquí los versículos del 1 al 3, detallan: “... Después de la muerte de Aod, los israelitas volvieron a hacer lo malo a los ojos del Señor. Por eso el Señor los dejó caer en manos de Jabín, el rey cananeo que reinaba en Jazor. El capitán del ejército enemigo se llamaba Sísara, y vivía en Jaroset Goyín. Entonces los israelitas clamaron al Señor para que los librara, pues Jabín tenía novecientos carros de hierro y durante veinte años había oprimido cruelmente a los israelitas.” Una vez más, después de que las cosas mejoraran, y que todo estuviera funcionando nuevamente, observamos al pueblo una vez más haciendo lo que el Señor reprueba y volviéndose a su idolatría.

Y entonces el Señor permite que Jabín, -apelativo que posiblemente implique un título o cosa semejante-, ataque y venza a Israel, el cual queda bajo opresión durante veinte años. Probablemente Jabín haya establecido previamente alianzas foráneas, porque la cantidad de carros de hierro que posee es muy grande: Son novecientos. Por eso es que domina y controla a Israel. Los muchos enemigos de Israel, generalmente proceden de otras regiones, no de Canaán, porque ellos quieren vencer y dominar la región, haciéndose con los despojos.

Claro porque la tierra de Canaán era importante por su localización estratégica en las rutas del antiguo Medio Oriente. Así que, sorprendentemente, encontramos lo siguiente a partir de los versículo 4 y 5. “...En aquel tiempo gobernaba a Israel una profetisa llamada Débora, que era mujer de Lapidot. Débora acostumbraba sentarse bajo una palmera que estaba entre Ramá y Betel, en el monte de Efraín. Los israelitas iban a ese lugar, conocido como «La palmera de Débora», para que les hiciera justicia.”

Así que el texto nos muestra una cosa bastante poco común, considerando la sociedad patriarcal de esa época. La sociedad antigua de Israel era muy patriarcal, y tenía una perspectiva de dominio bastante masculina. Y aquí irrumpe Débora, como profetisa, una mujer alcanzada por el Espíritu de Dios para traer palabras de orientación. Y aparecen otras profetizas en el Antiguo Testamento. Debora entonces pasa a liderar y a ser una jueza aquí en el contexto antiguo de Israel. Leamos Jueces capítulo 4 versículos del 6 al 8: “...Un día, Débora mandó llamar a Barac hijo de Abinoán, quien era de Cedes de Neftalí. Cuando Barac llegó, ella le preguntó: «El Señor y Dios de Israel te ha dado una orden, ¿no es verdad? Te ha dicho: “Ve y reúne a tu gente en el monte Tabor. Toma diez mil hombres de la tribu de Neftalí y de la

tribu de Zabulón. Yo voy a hacer que Sísara, el capitán del ejército de Jabín, vaya al arroyo de Cisón con sus carros y su ejército, y allí lo entregaré en tus manos. Y Barac le respondió: Iré, si tú vas conmigo. Si no vas conmigo, no iré.”

Es interesante observar, que, al parecer, hay una laguna de liderazgo significativa en Israel. Débora es una profetisa, asumiendo esa posición, pero no es propiamente una guerrera, algo bastante comprensible; por lo cual ella entonces, convoca a Barac. Observa que Barac parece ser un líder débil. Al ser convocado ante ella, le reitera la orden divina. Barac muestra debilidad y así bien lo expresa. El texto en los versículos 8 y 9, relata expresamente el suceso, dice: “...Y Barac le respondió: «Iré, si tú vas conmigo. Si no vas conmigo, no iré”. Ella le dijo: «Voy a ir contigo. Pero la gloria de la victoria no será tuya, porque el Señor va a poner a Sísara en manos de una mujer.”

Entonces vemos aquí el toque femenino en el libro de Jueces, cuando hay un énfasis especial para Débora, la jueza de Israel. Y también tenemos el caso de otra mujer que pronto descubriremos, en el desarrollo de nuestro recorrido aquí en Jueces capítulo 4, el séptimo libro del Antiguo Testamento. Relata del versículo 9 en adelante: “Y así, Débora se levantó y acompañó a Barac hasta Cedes. Allí Barac reunió a las tribus de Zabulón y Neftalí, que eran diez mil hombres bajo su mando. Débora lo acompañó.”

El texto sigue y nos cuenta los detalles de esta gran batalla y cómo eso ocurrió. Dice: “...Un quenita llamado Jéber, descendiente de Hobab, el suegro de Moisés, se había apartado de los quenitas para plantar sus tiendas de campaña en el valle de Sanayin, junto a Cedes. Como Sísara fue informado de que Barac hijo de Abinoán había subido al monte Tabor, reunió sus novecientos carros de hierro y a todo su ejército, que era tan numeroso que se extendía desde Jaroset Goyín hasta el arroyo de Cisón.”

El poderío de Sísara es muy grande. Novecientos carros de guerra es mucha cosa, y más todavía considerando que son carros de hierro. Es una fuerte alianza militar, ante la cual Israel se amilane y pierda arrojo. En el versículo 14, leemos lo siguiente: “...Entonces Débora le dijo a Barac: Levántate, que hoy el Señor va a poner a Sísara en tus manos, pues en verdad el Señor está contigo. Barac bajó entonces del monte Tabor con sus diez mil hombres, y el Señor derrotó delante de Barac a Sísara, desbaratando sus carros y pasando a filo de espada a todo su ejército. Al ver esto, Sísara bajó de su carro y huyó a pie. Pero Barac persiguió los carros y al ejército hasta Jaroset Goyín, y los pasó a filo de espada, hasta no dejar a uno solo con vida.”

Es impresionante observar y ver cómo Dios es victorioso. Aquí en este caso, son mínimas las probabilidades de que Israel salga victorioso, porque la alianza extranjera es muy poderosa. El poderío o militar de Jabín es tremendo, mientras que Israel, en cambio, demuestra un fuerte vacío de liderazgo.

Débora, -que es una mujer-, es quien está orientando toda la situación, mientras Barac es un líder débil. Aun así, por el poder y por la acción providencial de Dios, tenemos una victoria extraordinariamente poderosa. Una vez más una victoria

marcada por el toque femenino. Y Sísara huye a pie ante la derrota sorprendente ocurrida por el poder del Señor.

El texto nos dice en el versículo 17: “Sísara, que había huido a pie, llegó a la tienda de campaña de Yael, mujer de Jéber el quenita, pues Jabín, el rey de Jazor, estaba en paz con la tribu de Jéber”. Es decir, que había una especie de pacto, una especie de convenio de mutualidad, y pacto de no agresión. Y luego el texto continúa con el sorprendente relato. Luego dice: “...Yael salió a recibir a Sísara, y le dijo: «Acércate, mi señor, no tengas miedo. Sísara entró en la tienda de campaña, y ella lo cubrió con una manta.”

Lo que está pasando aquí no era ni aceptable ni posible: que un hombre entrara en la tienda de una mujer. La normativa era muy determinante en estos casos. Precisamente por eso, si él estaba siendo perseguido y huía de sus enemigos, la tienda de una mujer era un escondite perfecto, porque no se esperaba que se escondiera allí, ya que una mujer no lo aceptaría. Así que para Sísara, esa propuesta le pareció una oferta salvadora.

Nos expresa el texto luego en los versículos 19 y 20: “...Entonces el rey le dijo: «Por favor, dame a beber un poco de agua, pues tengo mucha sed. Yael abrió un odre de leche, le dio de beber, y lo volvió a cubrir. Entonces Sísara le dijo: «Quédate a la entrada de tu tienda, y si alguien viene y te pregunta si hay alguien aquí, tú le responderás que no...”

Ahora, fíjate en lo que le ocurre luego a Sísara, algo inesperado, e inimaginable para él. Leamos lo que sigue en el texto: “...Pero como Sísara estaba muy cansado y pronto se quedó dormido, Yael tomó una estaca de la tienda y un mazo y, acercándose sigilosamente, le clavó la estaca en las sienes, hasta hundirla en tierra. Así murió Sísara.”

Aquel enemigo del pueblo de Dios, y que lo había estado oprimiendo desde hacía veinte años, murió engañado por una mujer, Yael, esposa de Jéber. Ante una situación así, vemos una vez más que, a pesar de violento, tenemos a la vista, el toque femenino en la victoria de Israel tanto con Débora como con Yael, mujer de Jéber, actuando en la liberación del pueblo de Israel, de manos del opresor de Jabín. Finaliza esta sección del relato, explicando lo siguiente, “...Como Barac iba siguiendo a Sísara, cuando Yael lo vio, salió a recibirlo y le dijo: «Ven, que voy a mostrarte al hombre que buscas.» Barac entró con ella, y se encontró con que Sísara estaba ahí, muerto y con la estaca clavada en la sien. Ese día, Dios humilló al rey cananeo Jabín frente a los israelitas, y estos fueron endureciendo su trato contra Jabín, hasta que lo destruyeron.”

El texto de Jueces 5:1-31, es un poema que nos trae un gran himno, un cántico de celebración y liberación. Por cierto, que lo presenta en un lenguaje bien antiguo. Quizás sea uno de los textos más antiguos y hermosos del Antiguo Testamento, desde el punto de vista lingüístico. Es el famoso “Cántico de Débora”, celebrando “La Gran Victoria”.

Es una especie de himno de celebración por la derrota del enemigo después de veinte años de sufrimiento y opresión. El pueblo ahora se vuelve a Dios, que usó a la jueza Débora y al líder militar Barac también, y la actitud de Yael que le dio la victoria sobre esta opresión de los cananeos. Jueces capítulo 5, versículos del 1 al 3, proclama, con alabanzas y salmos: “...Aquel día Débora y Barac hijo de Abinoán, celebraron así su victoria: ¡Alabemos al Señor! ¡Los caudillos de Israel encabezaron al pueblo, y el pueblo libremente se dispuso a luchar! Ustedes, reyes y príncipes, escuchen bien lo que voy a decir: ¡Yo quiero, sí, yo quiero cantarle al Señor! ¡Quiero cantarle salmos al Señor y Dios de Israel!”

Como era costumbre en la antigüedad, después de una batalla, muchos componían y cantaban de alegría por la victoria que les garantizaba supervivencia, tranquilidad y paz. Luego en los versículos 11 y 12, la celebración prosigue: “¡Anuncien los triunfos del Señor, obtenidos en las aldeas de Israel! ¡Díganlo a voz en cuello en los abrevaderos, entre la gente que da de beber a los guerreros! ¡El ejército del Señor avanza hacia las puertas! ¡Despierta, Débora, despierta! ¡Despierta y canta! ¡Tu deber es cantar! Lo vimos, por ejemplo, de cierta forma, en el cántico de Miriam en el capítulo 15 de Éxodo, después del paso por el mar Rojo. Y aquí vemos algo que resuena de manera más o menos semejante.

Y vamos más adelante en los versículos del 24 al 26, el texto nos dice: “¡Bendita sea sobre todas las mujeres Yael, la mujer de Jéber el quenita! ¡Bendita sea en su casa sobre todas las mujeres! Sísara pidió agua, y ella le dio leche; le dio crema en tazón de nobles. Con una mano tomó la estaca, y con la otra el mazo de trabajo, y golpeó a Sísara en la cabeza; ¡de un golpe le atravesó las sienes...!”

Por más extraño y duro que parezca esa postura que tenemos aquí, en ese cántico muestra aquella actitud de justicia retributiva; es decir, la opresión y maldad traída por el pueblo cananeo ahora es retribuida, trayéndole el sufrimiento que también le había causado a los demás.

El texto termina con este cántico de Jueces 5:31, afirmando: ¡Así perezcan, Señor, ¡todos tus enemigos! ¡Y que los que te aman irradian luz, como el sol cuando sale en todo su esplendor! Así concluye este himno: “Después de esto, hubo paz en la tierra durante cuarenta años”.